

Déspota

JOSÉ KOZER

Es una lástima que el infierno no exista, que sólo exista el cielo, destino único para todos. Al morir el déspota se encontró en la gloria. No es que fuera perdonado sino que la gloria era el único sitio ulterior, el destino a todos deparado. Al entrar al cielo sintió asombro, luego se encogió de hombros, gesto habitual: se palpó la gorra militar de visera, las charreteras, el esqueleto con la carne aún superpuesta; ¿qué había pasado con la ceniza y el polvo? Era él. Alto, ralo de barbas y cabellos, corpulento, apenas encorvado, várices, el lunar de sangre bajo la tetilla izquierda. Pensó de inmediato que tenía que prepararse, era evidente que en cualquier momento aparecería Dios para felicitarlo (otra apoteosis) o para regañarlo (se encogió de hombros).

De pie, aguardó. Pasaba el tiempo, santiamén de santiamenes eternos: decidió sentarse a esperar, por lo que echó un vistazo en derredor; era un hermoso paraje, hasta el momento no se había dado cuenta: árboles frutales, luz, una inabarcable floresta, a plena luz del día los astros visibles en el cielo fulguraban a la altura de sus ojos: veía estrellas fugaces, islas bailoteando en el aire, el relumbrar del agua, ríos, lagos, peces voladores: lo que más le impresionaba era el silencio (no estaba acostumbrado).

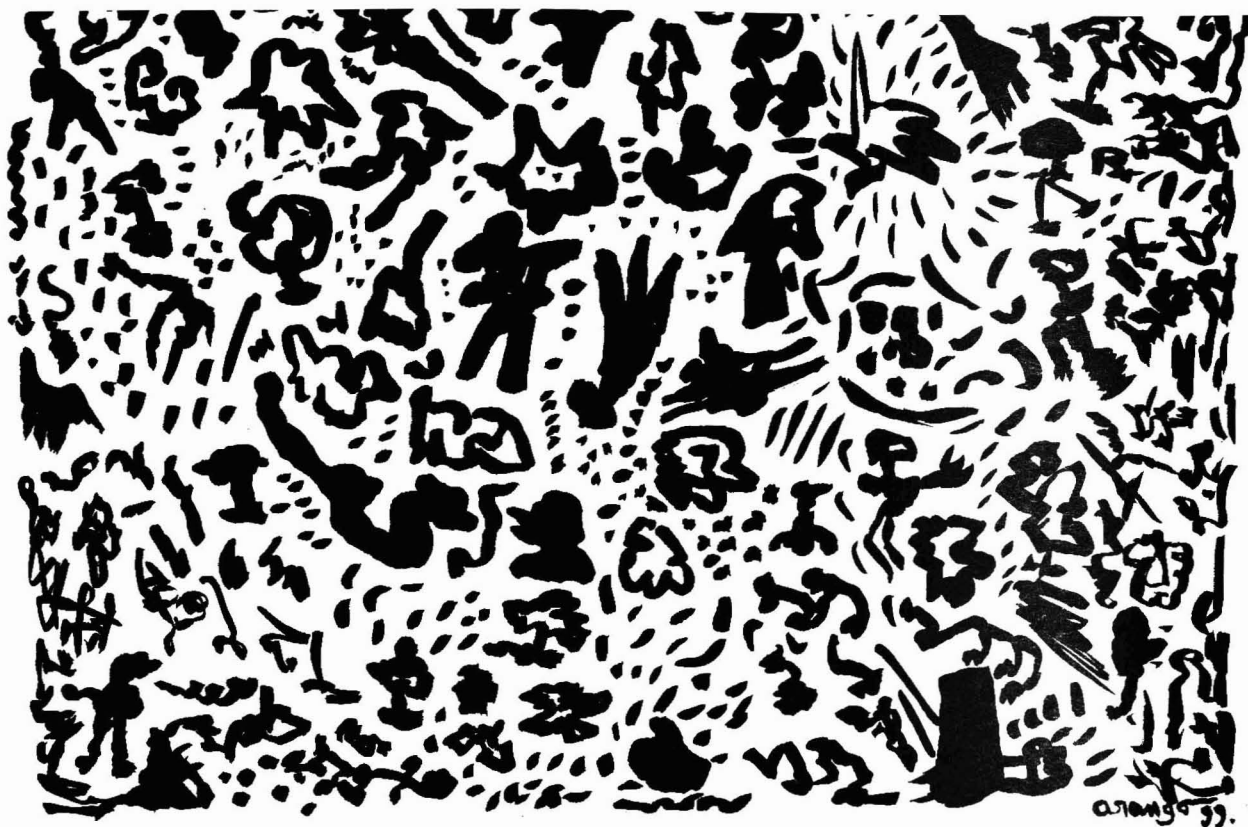
Pensó que aquel vacío azul no estaba nada mal, incluso que era consolador. Era un vacío tal vez quieto en exceso, y en ese sentido, atronador. Además, ¿qué consuelo necesitaba él? ¿A qué venía eso? Pensó que en el cielo no se acababan de golpe los pensamientos espúreos. Comprobó en su segundo reloj de pulsera colgándole de la muñeca derecha la hora exacta: detenida. Sacó del bolsillo izquierdo del pantalón color aceite virgen primera filtración el

reloj de oro que le habían regalado sus abuelos paternos al cumplir dieciséis años: detenido. Se encogió de hombros, sonrió al pensar que quizás sus abuelos estaban deambulando por ahí cerca, detenidos con dieciséis años de edad y que ahora, el abuelo sería él. Sonrió.

Pensamientos basura, sonrió: parece que ni aquí cesan. Era evidente que el verdadero tiempo era aquel silencio. Ya se acostumbraría. Vio cerca una piedra, uno de esos seborucos que abundan en su país. País de seborucos, pensó. El vago recuerdo de la palabra seboruco le produjo cosquillas, una fruición inusitada que le devolvió el sentido de un poder recién detentado y que, cómo era posible, parecía haber olvidado por unos momentos. ¿Qué parajes son éstos en que alguien como él olvida la fruición del poder?

Dio unos pasos, vio que no se tambaleaba, como no se tambaleó su poder, dijeran lo que dijeran, en la última década de su vida. Se sentó en la piedra que tenía ahí delante. Erguido, se pasó la mano manchada de lunares, venas azulosas, por las ralas, despeinadas barbas. Pensó en su perfil, definitivo: en verdad perfil de estatua, perfil eterno como este cielo inesperado, ese Dios que se hacía esperar a la verdad que ya demasiado. Se pasó el dorso de la mano por los pícaros ojillos enrojecidos, recordando la malicia con que disfrutaba los gajes del poder. Pronto comprendería la nueva función del tiempo y del poder, quizás verdadera, inalterable. Le pertenecería. Lo más probable es que le echaran una buena regañina y luego las cosas volverían a la normalidad.

Después de todo se había ganado el cielo. Justicia divina, ¿no? Era cierto que todo el mundo se ganaba el cielo, quién lo hubiera sabido, pero su cielo, por mor de fuerza,



Alejandro Arango

tenía que ser más cielo que el de los demás, cielo más verdadero, o al menos el cielo civil más verdadero de todos ya que, por seguro, había en el cielo una parcela de cielo religioso para los santos más verdaderos. A la diestra de Dios, ellos; a la izquierda del Señor, él. Vaya situación. Nunca pudo imaginar cosa igual: en realidad, toda una recompensa. Sus fatigas eran después de todo, y a pesar de alguna que otra diatriba o una que otra crítica recibidas en vida, recompensadas.

Y ahí fue que vio acercarse una figura más opaca que radiante aunque sin duda carnal o al menos material: vestía como la gente de la década de los veinte en los países desarrollados. Pensó: debe ser Dios disfrazado, viene a ponerlo a prueba, ya verá. O eso lo hace para facilitar el primer contacto y no nos entre calambrica: sabrá que mi caso no puede ser ése, en fin, sus motivos tendrá: aguardemos.

Vio que la figura estaba a su lado, ahí plantada ante la piedra. Intentó ponerse de pie pero comprobó que no podía. Y vio que la figura lo tomaba entre los brazos, como si careciera de peso y de volumen, la vio desnudarlo de pies a cabeza, dejándolo en cueros tal y como vino al mundo. Y desnudo vio que ella lo colocaba boca abajo sobre sus muslos, se había sentado sobre el seboruco donde él estuviera hace un momento: y ahora alzaba el brazo derecho, lo alzaba a todo lo alto del brazo, brazo que ahora descar-

gaba con fuerza descomunal sobre sus nalgas rollizas, blandas, los glúteos niveos del infante.

Y sintió el golpe seco de la mano abierta caer una y otra vez sobre sus nalgas, oía resonar una tras otra las nalgadas, tundir las rollizas carnes de los fondillos a la intemperie, la oía susurrar de cerca, muy de cerca, con indecible aridez una palabra que al principio no entendía pero que poco después oyó modular a la perfección: seboruco, seboruco, le susurraba al oído.

Sonaron las nalgadas, resonaron sus ecos, se mezclaban entrecortados con el eco de la palabra seboruco, ámbito celestial ese eco de ecos resonando en sus oídos, restallando sus nalgas. Y se oyó suspirar, gimotear, sollozar, romper de pronto a llorar, lágrimas vivas del muerto, lloraba con toda la fuerza de sus pulmones, moco tendido aquel llanto, lágrimas de quina tragando, salivas, hipos tragando, la espuma entrando y saliendo por la boca abierta, fauces de las palabras, la espuma blanca, negruzca, cayendo de sus fosas nasales.

Toma, traga, coge, ahí te va: su madre le pegaba y le pegaba sin descanso, chillándole al oído, de cerca, cada vez más cerca, ahí te va otra nalgada a cambio de otra de tus andanadas. Y con cada golpe sus carnes recién nacidas se incrustaban más al fondo de su alma nonata, aquel alma espasmódica y regordeta, efigie muerta de sus fondillos. ♦